

JORGE IGNACIO COVARRUBIAS¹

UN TOQUE DE VERDE

Al filo de mi cumpleaños me di cuenta de que la solución a todos mis problemas –y por cierto mi mejor regalo– sería librarme de mi mujer.

“Cómo no se me ocurrió antes”, pensé, y supuse que los grandes descubrimientos se producían así, casi sin reflexionarlo.

Dispuesto a poner manos a la obra, y sin saber por dónde empezar, comencé a tantear a mis amigos de la manera más indirecta posible, insinuándoles entre broma y broma cómo podría solucionar todas mis cuitas.

Uno de ellos, siguiéndome el tren de hablar mitad en broma y mitad en serio, me sugirió que podía ayudarme a conseguir a alguien que a la vez me ayudase “a solucionar todos tus problemas”.

“Lo que necesitas”, me confió, “es un tanatólogo”.

“Ahá”, le respondí. Y en cuanto lo dejé, me fui corriendo a casa a buscar en el diccionario de qué se trataba. Como temía, no encontré la palabrita. Pero apelando al sistema indirecto de recurrir a terceros, un estudiante conocido me desasnó: “‘tánatos’ significa ‘muerte’ en griego”, me explicó. “‘Tanatólogo’ es el especialista en el tema”.

¹ ANLE, RAE y ASALE. Es Secretario de la ANLE y presidente de la Comisión de Información, autor de tres libros y tres audiolibros, ha ganado premios de ensayo, cuento, poesía y periodismo. Periodista internacional, ha dictado conferencias en doce países y cinco estados de EEUU. <http://www.anle.us/234/Jorge-Ignacio-Covarrubias.html>.

“Bueno, por allí vamos bien”, me dije. Y poco después volví a ver al amigo del consejo inicial y le pregunté dónde podía conseguir al tanatólogo. Broma va, broma viene, me invitó a tomar un café y me entregó una tarjeta que decía “Descanso eterno. Tanatólogos”, con un número de teléfono.

Al día siguiente, desde la oficina, cuidando de que nadie me oyera, llamé al teléfono en cuestión. Me atendió una voz femenina suave diciéndome: “Descanso eterno. Buenos días”.

“Buenos días”, repuse. “Mire, necesito que me ayuden a librarme de mi mujer”.

“Número equivocado”, dijo la voz, y me colgó.

“Demonios”, me dije. “¿No eran estos los tanatólogos?” Pero cuando le conté a mi amigo lo ocurrido, me advirtió casi sin contener la risa: “Pero no seas bruto; para estas cosas hay que tener un poco de discreción”.

Volví a llamar al teléfono de marras. En cuanto me atendió la mujer, le dije “Señorita, me gustaría saber si me pueden ayudar a solucionar un problema”. “Con todo gusto, señor, si está en nuestras posibilidades”, contestó. Y vi que iba por buen camino.

“Lo que quisiera –especifiqué– es que me ayuden a librarme de ese problema”.

“Esa es nuestra especialidad”, me contestó. “¿Cómo se llama?” Y le dije “Susana”.

“No, por favor”, me dijo alarmada. “Le pregunto por su propio nombre”. Yo le aclaré que pensaba que se refería “al problema” y le dije mi nombre. Roto el fuego y aclarado el malentendido, le pedí concertar una cita en su oficina.

“No tenemos oficina”, me dijo. Y aclaró enseguida: “Bueno, es una manera de decir. La tenemos, pero es secreta. Usted comprenderá que como tratamos una cuestión delicada, hacemos todos nuestros tratos mediante un sistema de contestación telefónica a nuestra dirección privada. Tampoco concertamos citas en las casas de los clientes, por razones obvias. Si usted gusta, nos podemos ver en la confitería Tal y Tal mañana a las seis de la tarde”.

Al día siguiente no eran todavía las seis menos cuarto cuando estaba clavado en una mesa del bar junto a la ventana. Y a las seis en punto –hecho que me dio muy buena impresión porque revelaba formalidad– entró una mujer de unos treinta años, bien y discretamente

vestida, que inmediatamente me reconoció por las señas que me había pedido en la conversación telefónica.

Pedimos cafés y, cuando el mozo se alejó, la mujer me felicitó por haber recurrido a los servicios de su empresa.

“Nuestra firma se complace en ofrecer un servicio de bien público”, me dijo. “Usted sabrá que en la mayoría de los casos, el dolor es compañero inseparable de la muerte. En los casos de ataques al corazón, parálisis, asma, convulsiones, la víctima muere sintiendo dolor. Y ni qué decir de los accidentes: que lo atropelle a uno un auto o un tren tiene muy poca gracia, se lo aseguro”.

“Nosotros nos especializamos en evitar el dolor de la agonía y facilitamos una apacible transición a mejor vida. ¿Me sigue?”, preguntó.

“Sí, sí”, le dije, fascinado por la conversación. Ella prosiguió: “No hay nada más dulce que morir instantáneamente, como en un sueño. Lo dice el poeta sobre aquel que deja este mundo como quien ‘bien envuelto en la ropa de su lecho se entregara al deleite de ensoñar...’”.

“Me parece muy bien”, la interrumpí. “Como aquí me ve, yo soy un hombre muy sensible. Si hay algo que no me gustaría es hacer sufrir a mi mujer”.

Ella me miró con una sonrisa. “Su mujer debe estar muy orgullosa de usted”, comentó.

Pedimos otro café. Y la tanatóloga me espetó: “¿Usted es judío?”

“No”, le dije. “Yo soy muy católico”.

“Qué lástima”, acotó. “Este mes tenemos una oferta especial para los judíos, con sinagoga, flores...”.

“Vamos, vamos”, le corté la palabra. “No me va a decir que ustedes también suministran... otros servicios”.

“Sí señor”, dijo la mujer. “‘Descanso eterno’ no solo le quita su principal preocupación; también se encarga de las preocupaciones pequeñas, de los detalles. Usted no se tiene que incomodar por nada: le suministramos médico forense para la documentación; servicio fúnebre con flores y música a su gusto...”.

“A mí me gusta Shostakovich”, la interrumpí.

“...recepción íntima para los deudos especiales, tarjetas de participación con leyendas alusivas, avisos en los diarios de su preferencia, abogados para la correcta aplicación testamentaria, testigos si es necesario para avalar cualquier enmienda al testamento”.

Sacó una planilla de su cartera y me preguntó: “Usted me dice que es católico; seguramente querrá que la beneficiada muera en gracia de Dios, ¿no es así?”

“Claro, claro”, protesté. “Ya le dije que quiero lo mejor para ella. Y qué mejor que asegurarle el cielo”.

“Ella se lo agradecerá”, me dijo. “Le podemos asegurar una extremaunción. Mire qué lindo: recuerdo una cancioncilla que cantaba de niña en la escuela de monjas: ‘Mira que te mira Dios, mira que te está mirando, mira que te has de morir, mira que no sabes cuándo’. La cosa era estar preparados para cuando llegara el momento. Y hoy, gracias a ‘Descanso eterno’, podemos garantizar que cuando llegue el momento allí estará la extremaunción, lista para darle el pasaporte al cielo. Nosotros somos los que ‘sabemos cuándo’. Esa circunstancia nos permite prepararlo todo minuciosamente para que el beneficiado tenga acceso instantáneo a su paraíso”.

Sus palabras me conmovieron; era como si escuchara música de órgano en trasfondo.

“Todo está muy bien”, le dije convencido. “Pero vamos a ver cómo podemos concretar... la operación”.

“Usted no se preocupe”, repuso. “La tarifa habrá que ajustarla a las circunstancias: usted comprenderá que cobramos más por procesar a una persona joven que a una de edad, porque mientras más anciana menos justificación se necesita, resulta más natural. También todo depende de sus hábitos: las personas que están todo el día fuera de la casa resultan más fáciles...”.

“Lamento decirle que mi mujer es muy casera”, la interrumpí.

“Usted es un hombre de suerte”, comentó. “Las mujeres de hoy –y no es porque yo me oponga a que trabajen, faltaba más– se despreocupan mucho de sus hogares. Prosigo. Las personas deportistas y arriesgadas son más propicias a nuestros propósitos que las domésticas, burocráticas y sedentarias. Los enfermos son mejores que los saludables. Los hipocóndricos nos vienen de perillas”.

Vio mi cara de impaciencia y me dio una tabla de precios que casi me hace caer de espaldas. “¿Pero usted me quiere matar?”, le dije.

“No, a usted no”, sonrió. “Pero si usted tiene un método mejor...”, dijo, e hizo ademán de levantarse.

“Por favor, quédese”, me apresuré a decirle. “Seguramente tendrán facilidades de pago”.

“Claro que sí”, me dijo nuevamente acomodada en su silla.

“Puede pagar un anticipo y cuotas, a una módica tasa de interés; también puede abonar con tarjeta de crédito. En este último caso tenemos todo previsto para que a usted no le llegue la cuenta hasta después de la feliz conclusión del contrato; además, claro está, no le llegará a nombre de nuestra compañía sino al de una supuesta agencia de turismo con el nombre de ‘Buen viaje’. Además tenemos gran flexibilidad: aceptamos dinero en efectivo, cheques, pagarés con fechas escalonadas, bonos, acciones, monedas, contratos futuros de materias primas, títulos de propiedad o de automotores. También podemos aceptar un porcentaje de lo que le corresponda cobrar por seguro de vida, siempre que este pago en particular lo abone en efectivo. Eso sí: bajo ningún concepto podemos darle recibos”.

“Estoy muy impresionado”, admití. “Debo decir, muy favorablemente impresionado. Pero permítale preguntarle cómo es que ustedes son tan amplios para aceptar más forma de pago que nadie”.

“Muy sencillo”, replicó, siempre con aire de alguien muy conocedor de su negocio. “No olvide que somos depositarios de un ‘secretito’ de nuestro cliente que de ningún modo se arriesgaría a ver difundido a los cuatro vientos”.

Sonreí, convencido de que estaba tratando con profesionales. Convinimos el contrato y la forma de pago para total satisfacción de ambas partes.

Después de un apretón de manos con que sellamos el acuerdo, la mujer abrió su cartera y extrajo una cajita que contenía un delicado pequeño broche con una piedrecilla verde. “Es un regalo para su mujer”, explicó. “Es una atención de ‘Descanso eterno’. Usted se lo da con cualquier motivo y procure que ella lo luzca, cosa que descuento porque se trata de un brochecito muy coqueto. Siempre damos un toque de verde a nuestros beneficiarios para beneficio de la identificación. Elegimos el verde porque es un color sedante: casi le diría que representa la delicadeza con que manejamos toda nuestra operación”.

“Me parece conmovedor”, le dije. “Cómo se va a poner de contenta. Le encanta el verde. Se lo daré mañana mismo durante mi cumpleaños, anticipándome a la gentileza del regalo que ella me haya comprado”.

Me despedí pletórico de optimismo. “Ustedes me harán el mejor regalo de cumpleaños”, le dije. La mujer me dedicó una última sonrisa cordial y se alejó por la calle a paso firme.

Llegó por fin el gran día. Yo acababa de abrir los ojos, cuando vi aparecer a mi mujer trayéndome el desayuno a la cama, el diario y una cajita primorosamente envuelta.

“Es tu regalo de cumpleaños”, me dijo.

“¿Qué es?”, pregunté curioso.

“No seas tan curioso; ábrelo”, contestó. Y mientras yo empezaba a desatar la cinta, me preguntó con picardía: “¿Te gusta el color verde?”



© *Memorias de la Muerte* (GPR)